
■ **ROLANDO PEREZ
BETANCOURT**

Realista, sin complicaciones de estructuras ni rebuscamientos estilísticos, el cine de Adolfo Aristarain se caracteriza por su facilidad para contar (y atrapar) a partir de unas historias en las que la psicología de sus personajes dicen tanto o más que los hechos en que participan. Otro don del argentino es la facultad para apuntar a un universo mayor de su país, social y humano, desde las anécdotas locales en que centra sus objetivos.

De todo lo anterior hay en **Un lugar en el mundo**. Y también, como producto argentino de buena cepa, el resorte de la nostalgia, ese volver al terruño dejado atrás, para entre paisajes y memorias, evocar y volver a vivir, con satisfacción, dolor, y no pocas veces ánimo de pesquisas. En este reencuentro de un joven veinteañero con un pasado rural del cual se despidió hace ocho años, se rearma una historia de luchas sociales, esperanzas y frustraciones. Sus padres son los ejes re-

presentativos: él (Federico Luppi) un maestro que ha organizado a los trabajadores de la zona, ella, una médica con un alto sentido de humanidad. Ambos con un pasado de fuerte militancia de izquierda, cosmopolitas y nada cansados de luchar, en esta ocasión frente a un terrateniente que quiere adueñarse de las tierras de la zona para construir un dique en sociedad con una transnacional. Y en ese medio irrumpe un geólogo español (José Sacristán) con una personalidad mordaz, abarcadora, de hombre que ha probado de los vinos de la vida.

Con actuaciones de primera y unos diálogos hechos a la medida de la natural simpatía de Sacristán, el filme está facturado con buena mano, aunque en los finales se expande en demasía en preparación de un cierre que aunque emotivo pierde en eficacia, porque ya se sabe que en asuntos de muertes, reencuentros, accidentes y otros recursos emotivos hay que pulsar una finísima cuerda para evitar cualquier vínculo con el efectismo.